

## Prólogo

*Junio de 2012  
Londres*

**D**ejé a Ethan en los ascensores suplicándome que no me fuera. Fue lo más difícil que había tenido que hacer en mucho tiempo. Pero me fui. Había abierto mi corazón a Ethan y me lo había destrozado. Le había oído cuando me dijo que me quería y también cuando me aseguró que solo estaba tratando de protegerme de mi pasado. Le había oído alto y claro. Pero eso no cambiaba el hecho de que necesitaba alejarme de él.

Solo puedo pensar en la misma idea aterradora una y otra vez.

*Ethan lo sabe.*

Pero las cosas no siempre son lo que parecen. Las impresiones se obtienen de manera intuitiva. Las ideas se forjan basándose en emo-

ciones y no en hechos reales. Ese fue el caso de Ethan y yo. Por supuesto que esto lo descubrí más tarde, y con el tiempo, cuando pude alejarme de los acontecimientos que me habían convertido en la persona que soy, fui capaz de ver las cosas de forma algo diferente.

Con Ethan todo era rápido, intenso..., explosivo. Desde el principio me decía lo que pensaba. Me decía que me deseaba. Y sí, hasta me había confesado que me quería. No tenía problemas en comentarme lo que quería de mí, o lo que sentía por mí. Y no me refiero al sexo únicamente. Eso era gran parte de nuestra conexión, pero con Ethan no lo era todo. Él es capaz de compartir sus sentimientos con facilidad. Esa es su manera de ser, pero no significa que sea la mía.

En ocasiones sentía como si Ethan quisiera consumirme. Me abrumó desde la primera vez que estuvimos juntos y sin duda era un amante exigente, pero una cosa era cierta: siempre quise lo que él me daba.

Me di cuenta una vez que lo dejé.

Ethan me proporcionaba paz y seguridad de una forma que realmente no había sentido antes en mi vida adulta y que desde luego no había ex-

perimentado nunca con respecto a mi sexualidad. Él es así y punto, y creo que ahora lo entiendo. Él no era exigente y controlador porque quisiera dominarme; era así conmigo porque sabía que era lo que yo necesitaba. Ethan trataba de satisfacer todas mis demandas para hacer que lo *nuestro* funcionara.

Así que aunque esos días sin él fueron terribles, la soledad era fundamental para mí. Nuestro fuego apasionado había ardido al rojo vivo y ambos nos habíamos abrasado con el calor que con tanta facilidad se desataba y se encendía cuando estábamos juntos. Sé que ese tiempo de cura era necesario, pero eso no hizo que el angustioso dolor que sentía disminuyera.

No hacía más que volver a la misma idea que me sobrevino cuando descubrí lo que él estaba haciendo.

*Ethan sabe lo que me pasó y ahora no hay forma de que pueda quererme.*

## Capítulo

### 1

**M**e latía la mano al ritmo del corazón. Todo lo que podía hacer era respirar contra las puertas ya cerradas del ascensor que se la llevaba lejos de mí. *Piensa*. Perseguirla no era una opción, así que abandoné el vestíbulo y me fui a la sala de descanso. Allí se encontraba Elaina preparándose un café. Mantuvo la cabeza agachada e hizo como si yo no estuviera. Una mujer inteligente. Espero que esos idiotas de la planta hagan lo mismo o van a tener que buscarse otro trabajo.

Eché algo de hielo en una bolsa de plástico y metí la mano dentro. Joder, cómo escocía. Tenía sangre en los nudillos y estaba seguro de que también habría en la pared junto al ascensor. Volví a mi despacho con la mano en la bolsa de hielo.

Le dije a Frances que llamara a la gente de mantenimiento para que viniesen a arreglar la maldita abolladura de la pared.

Frances asintió con la cabeza y miró la bolsa de hielo al final de mi brazo.

—¿Necesitas hacerte una radiografía? —preguntó con la expresión típica de una madre. O al menos como yo me imaginaba que sería una madre. Apenas recuerdo a la mía, así que probablemente solo estoy proyectando mis ideas sobre ella.

—No. —*Necesito que vuelva mi chica, no una jodida radiografía de mierda.*

Me fui directo a mi despacho y me encerré allí. Saqué una botella de Van Gogh del mueble bar y la destapé. Abrí el cajón de mi escritorio y busqué a tientas el paquete de Djarum Blacks y el mechero que me gustaba tener ahí guardados. Desde que conocí a Brynne fumaba muchísimo. Tenía que acordarme de comprar más.

Ahora solo necesitaba un vaso para el vodka, o igual no. La botella me serviría. Me tomé un trago con la mano destrozada y agradecí el dolor. A la mierda la mano; lo que tengo roto es el corazón.

Me quedé mirando su foto. La que le hice en el trabajo cuando me enseñó el cuadro de lady Perceval con el libro. La había hecho con el móvil. No importaba que fuera solo la cámara de un teléfono, Brynne salía preciosa a través de cualquier lente. Sobre todo las lentes de mis ojos. La foto había quedado tan bonita que me la descargué y pedí una copia para mi despacho.

Recordé aquella mañana con ella. Podía verla perfectamente en mi cabeza, lo sonriente que estaba cuando le hice aquella foto junto a aquel viejo cuadro...

Aparqué en el garaje de la Galería Rothvale y apagué el motor. Era un día gris, lloviznaba y hacía frío, pero no dentro de mi coche. Tener a Brynne sentada a mi lado, vestida para ir a trabajar, preciosa, sexy y sonriente, me levantaba el ánimo, pero saber lo que habíamos compartido esa misma mañana era la polla. Y no estaba hablando de sexo. Recordar la ducha y lo que habíamos hecho allí me ayudaría a sobrellevar el día, solo un poco, porque lo que sobre todo me ayudaba era saber que la vería otra vez esa noche, que estaríamos

juntos, que era mía, y que podía llevarla a la cama y demostrárselo de nuevo. También me ayudaba la conversación que habíamos tenido. Sentía que por fin me había abierto un poco su corazón. Que yo le importaba igual que ella a mí. Y era el momento de empezar a hablar de nuestro futuro. Quería compartir tantas cosas con ella...

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que me gusta que me sonrías, Ethan?

—No —contesté, y dejé de sonreír—, dime.

Ella negó con la cabeza al ver mi reacción y miró la lluvia a través de la ventanilla.

—Siempre me he sentido especial cuando lo haces porque creo que no sonrías mucho en público. Diría que eres reservado. Así que cuando me sonrías me..., me desarmas.

—Mírame. —Esperé a que lo hiciera, sabedor de que así sería. Esa era una de las cosas de las que teníamos que hablar y que había quedado bien claro desde el principio. Brynne era sumisa conmigo por naturaleza. Aceptaba lo que le decía; el controlador que llevo dentro había encontrado a su musa y era solo una razón más por la que hacíamos una pareja perfecta.

Levantó sus ojos marrones-verdes-grises hacia mí y esperó. Mi sexo palpitaba debajo de mis pantalones. Podría poseerla ahí mismo, en el coche, y seguir deseándola minutos más tarde. Era mi adicción, de eso no había duda.

—Dios, estás preciosa cuando haces eso.

—¿Cuando hago qué, Ethan?

Le puse un mechón de su sedoso pelo detrás de la oreja y volví a sonreír.

—Nada. Que me haces feliz, eso es todo. Me encanta traerte al trabajo después de tenerte toda la noche para mí.

Se ruborizó y habría querido follármela otra vez.

No, eso no es verdad. Quería hacerle el amor..., despacio. Podía imaginarme perfectamente su precioso cuerpo extendido y desnudo para darle placer de todas las formas posibles. *Todo mío*. Para mí solo. Brynne me hacía sentir que todo...

—¿Quieres entrar y ver en lo que estoy trabajando? ¿Tienes tiempo? —Me llevé su mano a los labios y respiré el aroma de su piel.

—Pensé que nunca me lo pedirías. Usted primero, profesora Bennett.



Ella se rio.

—Puede que algún día lo sea. Llevaré una de esas gafas y bata negra y el pelo en un moño. Daré clases sobre técnicas de restauración, y tú podrás sentarte al fondo y distraerme con comentarios inapropiados y miradas lascivas.

—Ahhh, y entonces ¿me llamarás a tu despacho para castigarme? ¿Me castigarás, profesora Bennett? Estoy seguro de que podemos negociar un trato para que *pague* por mi comportamiento irrespetuoso. —Bajé la cabeza hacia su regazo.

—Estás loco —me dijo mientras le entraba la risa tonta y me apartaba de un empujón—. Vamos para dentro.

Corrimos bajo la lluvia, resguardados en mi paraguas, y su delgada figura arropada junto a mí, unido a su olor a flores y primavera, hacían que me sintiese el hombre más afortunado del planeta.

Me presentó al viejo guardia de seguridad, que era evidente que estaba enamorado de ella, y me llevó hasta una gran habitación, una especie de taller. Tenía amplias mesas y caballetes con buena iluminación y mucho espacio abierto. Me enseñó una gran pintura al óleo de una mujer

solemne de pelo oscuro con deslumbrantes ojos azules y un libro en la mano.

—Ethan, por favor, saluda a lady Perceval. Lady Perceval, mi novio, Ethan Blackstone. —Brynne sonrió al cuadro como si fuesen amigas íntimas.

Le ofrecí una media reverencia a la pintura y dije:

—Señora.

—¿No es increíble? —preguntó Brynne. Estudié la imagen con atención.

—Pues sí, es una figura fascinante, no hay duda. Parece que esconda una gran historia detrás de esos ojos azules. —Me acerqué para ver el libro que sostenía con la cubierta visible. Las palabras eran difíciles de leer, pero en cuanto me di cuenta de que estaban en francés resultó algo más fácil.

—He estado trabajando en la parte del libro en particular —explicó Brynne—. Sufrió daños en un incendio hace décadas y ha sido un suplicio quitarle el barniz quemado de encima a ese libro. Es especial, lo sé.

Volví a mirar y descifré la palabra «Chrétien».

—Está en francés. Eso que pone ahí es el nombre de Christian —señalé.

Sus ojos se agrandaron y su voz se entusiasmó.

— ¿De verdad?

— Sí. Y estoy seguro de que aquí pone «Le Conte du Graal». ¿El cuento del Grial? — Miré a Brynne y me encogí de hombros—. La mujer de la pintura se llama lady Perceval, ¿verdad? ¿No es Perceval el caballero que encontró el Santo Grial en la leyenda del rey Arturo?

— ¡Oh, Dios mío, Ethan! — Me agarró el brazo de la emoción—. ¡Por supuesto! Perceval..., es su historia. ¡La has resuelto! Lady Perceval sostiene en efecto un libro *muy* poco común. ¡Lo sabía! Una de las primeras historias del rey Arturo jamás escritas; se remonta al siglo XII. Ese libro es de Chrétien de Troyes, *Perceval o el cuento del Grial*. — Miró el cuadro fijamente y su cara irradiaba felicidad y pura alegría. Cogí el móvil y le hice una foto. Una magnífica foto de perfil de Brynne sonriendo a su lady Perceval.

— Bueno, me alegro de haber podido ayudarte, nena.

Se abalanzó sobre mí y me besó en los labios, envolviéndome con sus brazos con fuerza. Fue la sensación más increíble del mundo.

— ¡Y tanto! Me has ayudado muchísimo. Voy a llamar a la Mallerton Society hoy mismo para decirles lo que has descubierto. Estoy segura de que les va a interesar. Hay una exposición por el aniversario de su nacimiento dentro de unas pocas semanas..., me pregunto si querrán incluirlo...

Brynne se puso a divagar, a contarme entusiasmada todo lo que siempre quise saber sobre libros raros, pinturas de libros raros y sobre la restauración de pinturas de libros raros. Se le puso la cara roja por la emoción de resolver un misterio, y esa sonrisa y ese beso valían su peso en oro para mí.

... Abrí los ojos e intenté ubicarme. Tenía la cabeza como si me hubiesen dado una paliza. Una botella de Van Gogh medio vacía me miraba. Las colillas de Djarum esparcidas sobre mi escritorio, donde tenía la mejilla bien pegada, me impregnaban la nariz de un olor a clavo rancio y tabaco. Despegué la cara del escritorio y me sujeté la cabeza con las manos, apoyado con fuerza sobre los codos.

El mismo escritorio donde la había tumbado y follado solo unas horas antes. Sí, follado.

## Todo o nada

Había sido follar, claramente y sin excusas, y fue tan increíble que me ardían los ojos de pensarlo. La luz de mi móvil parpadeaba como loca. Le di la vuelta para no tener que verla. Sabía que en cualquier caso ninguna de las llamadas era suya.

Brynne no me llamaría. De eso estaba seguro. La única pregunta era cuánto tardaría en intentar llamarla yo.

Ya era de noche. Fuera estaba oscuro. ¿Dónde se encontraría? ¿Estaría terriblemente dolida y disgustada? ¿Llorando? ¿La estarían consolando sus amigos? ¿Me odiaría? Sí, todas esas cosas eran probables, y yo por mi parte no podía acercarme a ella y hacerla sentir mejor. *No quiere saber nada de ti.*

Así que esto es lo que se siente. Cuando se está enamorado. Era hora de enfrentarme a la verdad y a lo que le había hecho a Brynne. De modo que me quedé en mi despacho y lo afronté. No podía irme a casa. Allí había demasiados recuerdos de ella, y ver sus cosas solo conseguiría volverme completamente loco. Me quedaría aquí esta noche y dormiría entre sábanas que no olieran a ella. *En las que no hubiera estado ella.* Me invadió una ola de pánico y me tuve que mover.

Levanté el culo de la silla y me puse de pie. Vi un trocito de tela rosa en el suelo a mis pies e inmediatamente supe lo que era: las bragas de encaje que le había quitado durante nuestro encuentro en mi escritorio.

¡Mierda! Recordé dónde me encontraba cuando su padre dejó ese mensaje. *Hundido dentro de ella*. Era desesperante tocar algo que acababa de estar contra su piel. Toqueteé la tela y me la guardé en el bolsillo. La ducha me llamaba.

Accedí por la puerta trasera a la habitación contigua, que contaba con una cama, un baño, una tele y una pequeña cocina, todo de primerísima calidad. El apartamento de soltero perfecto para el ejecutivo que trabaja hasta tan tarde que no le merece la pena conducir hasta casa.

O más un picadero. Aquí es donde traía a las mujeres cuando me las quería tirar. Siempre fuera del horario de oficina, por supuesto, y nunca se quedaban toda la noche. Hacía que mis «rollos» se largaran mucho antes del amanecer. Todo esto era antes de encontrar a Brynne. Nunca quise traerla aquí. Ella era diferente desde el principio. Especial. *Mi preciosa chica americana*.

## Todo o nada

Brynne ni siquiera sabía de la existencia de esta habitación. Lo habría pillado en dos segundos y me habría odiado por traerla aquí. Me froté el pecho y traté de calmar el dolor que me abrasaba. Abrí la ducha y me desvestí.

Mientras el agua caliente caía sobre mí me apoyé en los azulejos y me enfrenté a la realidad. *¡No estás con ella! La has cagado otra vez y ahora no quiere nada contigo.*

Mi Brynne me había dejado por segunda vez. En la primera ocasión lo hizo de manera sigilosa en mitad de la noche porque estaba aterrizada por una pesadilla. Esta vez simplemente se dio la vuelta y se alejó de mí sin mirar atrás. Pude verlo en su cara: no era el miedo lo que hizo que se marchara. Era la completa devastación por la traición que había sentido al descubrir que le había estado ocultando la verdad. Había traicionado su confianza. Había apostado demasiado alto y había perdido.

El impulso de retenerla y hacer que se quedara fue tan grande que le di un puñetazo a la pared y seguramente me rompí algo por evitar agarrarla a ella. Me dijo que nunca volviera a ponerme en contacto con ella.

Cerré la ducha y salí; el sonido desolado del agua colándose por el desagüe hizo que me doliera aún más el pecho ante tal vacío. Cogí una toalla y me cubrí la cabeza. Me miré en el espejo mientras me destapaba la cara. Desnudo, mojado y amargado. Solo. Me di cuenta de esa realidad mientras miraba con fijeza al cabrón gilipollas del espejo.

*Nunca* es mucho tiempo. Tal vez podría estar alejado de ella un día o dos, pero *nunca* era definitivamente impensable.

Tampoco había cambiado el hecho de que ella aún necesitaba protección ante una amenaza que podía resultar peligrosa. No iba a permitir que le ocurriera nada a la mujer que amaba. *Nunca*.

Sonreí ante el espejo, hasta en ese penoso estado me hizo gracia mi lucidez; porque acababa de encontrar un ejemplo perfecto del uso adecuado de la palabra *nunca*.